



COMISIÓN DE COMUNICACIÓN



Boletín mensual

Año 12 N° 5

Mayo 2015

VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS

EDITORIAL

Este mes de Mayo -como no podía ser de otra manera- nuestro Boletín "Contacto" está dedicado a la Virgen María, Madre de Dios, en el Misterio de Cristo y de la Iglesia, como la denomina la Constitución Dogmática "Lumen Gentium" (LG) del Concilio Ecuménico Vaticano II.

El primer aporte es precisamente un extracto del histórico Capítulo VIII de la LG que marcó todo un giro en la Mariología de la Iglesia Católica. De los 05 Títulos del Capítulo VIII presentamos aquí el 1er (Proemio) y el 5to (María, Signo de Esperanza). El volver sobre un segmento de este Texto del CVII es nuestra primera propuesta.

Luego encontraremos un extracto -de un artículo más extenso- del especialista mariólogo venezolano, P. Javier Alson SMC. Se trata de una interesante y sólida reflexión sobre María en una perspectiva ecuménica.

Finalmente tenemos un largo artículo del P. Víctor Codina SJ, nacido en España y radicado en Bolivia desde 1982, quien luego de un repaso del caminar mariológico en la Iglesia, propone una nueva perspectiva en la reflexión sobre María: Verla "desde" los Pobres. Es así como el Autor, con un manejo bíblico significativo, presenta a María como personificación de una fe liberadora. ¡Buena lectura!

(P. Marco Agüero V.)



Capítulo VIII

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS, EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

I.- PROEMIO

La Santísima Virgen María en el misterio de Cristo

52. El benignísimo y sapientísimo Dios, al querer llevar a término la redención del mundo, "cuando llegó la plenitud del tiempo, envió a su Hijo hecho de mujer... para que recibiésemos la adopción de hijos" (Gal. 4,4-5). "El cual por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, descendió de los cielos, y se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen". Este misterio divino de salvación se nos revela y continúa en la Iglesia, a la que el Señor constituyó como su Cuerpo, y en ella los fieles, unidos a Cristo, su Cabeza, en comunión con todos sus Santos, deben también venerar la memoria, "en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo".

La Santísima Virgen y la Iglesia

53. En efecto, la Virgen María, que según el anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo y entregó la vida al mundo, es conocida y honrada como verdadera Madre de Dios Redentor. Redimida de un modo eminente, en atención a los futuros méritos de su Hijo y a El unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas. Al mismo tiempo ella está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza, por lo que también es saludada como miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia, su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y caridad y a quien la Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con filial afecto de piedad como a Madre amantísima.

Intención del Concilio

54. Por eso, el Sacrosanto Sínodo, al exponer la doctrina de la Iglesia, en la cual el Divino Redentor, realiza la salvación, quiere aclarar cuidadosamente tanto la misión de la Bienaventurada Virgen María en el misterio del Verbo Encarnado y del Cuerpo Místico, como los deberes de los hombres redimidos hacia la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, en especial de los creyentes, sin que tenga la intención de proponer una completa doctrina de María, ni tampoco dirimir las cuestiones no llevadas a una plena luz por el trabajo de los teólogos. Conservan, pues, su derecho las sentencias que se proponen libremente en las Escuelas católicas sobre Aquélla, que en la Santa Iglesia ocupa después de Cristo el lugar más alto y el más cercano a nosotros.

V. MARÍA, SIGNO DE ESPERANZA CIERTA Y CONSUELO PARA EL PUEBLO DE DIOS PEREGRINANTE MARÍA, SIGNO DEL PUEBLO DE DIOS

María signo del Pueblo de Dios

68. Entretanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (cf., 2 Pe. 3,10), antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza y de consuelo.

María interceda por la unión de los cristianos

69. Ofrece gran gozo y consuelo para este Sacrosanto Sínodo, el hecho de que tampoco falten entre los hermanos separados quienes tributan debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los orientales, que corren parejos con nosotros por su impulso fervoroso y ánimo devoto en el culto de la siempre Virgen Madre de Dios. Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres, para que ella, que asistió con sus oraciones a la naciente Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo para que las familias de todos los pueblos tanto los que se honran con el nombre de cristianos, como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individa Trinidad.



MARÍA EN EL ECUMENISMO

¿CÓMO HABLAR A LOS NO CATÓLICOS?

P. Javier Alson smc

Con referencia sobre todo a los protestantes tenemos que profundizar nuestra capacidad de expresión respecto de María. En una actividad con Misa y charla mariana se preguntó a una joven qué le había gustado más y ella expresó que la charla mariana. Resulta que esa joven era protestante. Ella comentó que en la charla se había hablado de la humildad de María (dando la idea de que María era la cristiana más humilde y que nadie nunca se la podría ganar en humildad, con las implicaciones que tiene este aspecto para su participación en la obra de Dios), esa joven dijo que ella siempre trataba de ser humilde de verdad.

Los protestantes se sienten chocados de que amemos a María y la nombremos constantemente, de que la tengamos en estatuas y la veneremos en ellas, de que hagamos procesiones y oraciones dirigidas a María, de que le pidamos su protección e intercesión. Por nuestra parte debemos aclarar muy bien el lugar de María en el misterio de Dios. Ella está integrada en este misterio y tiene su propio lugar, pero los protestantes temen que al tomar en cuenta a María se deje de mirar a Jesús, a Dios.

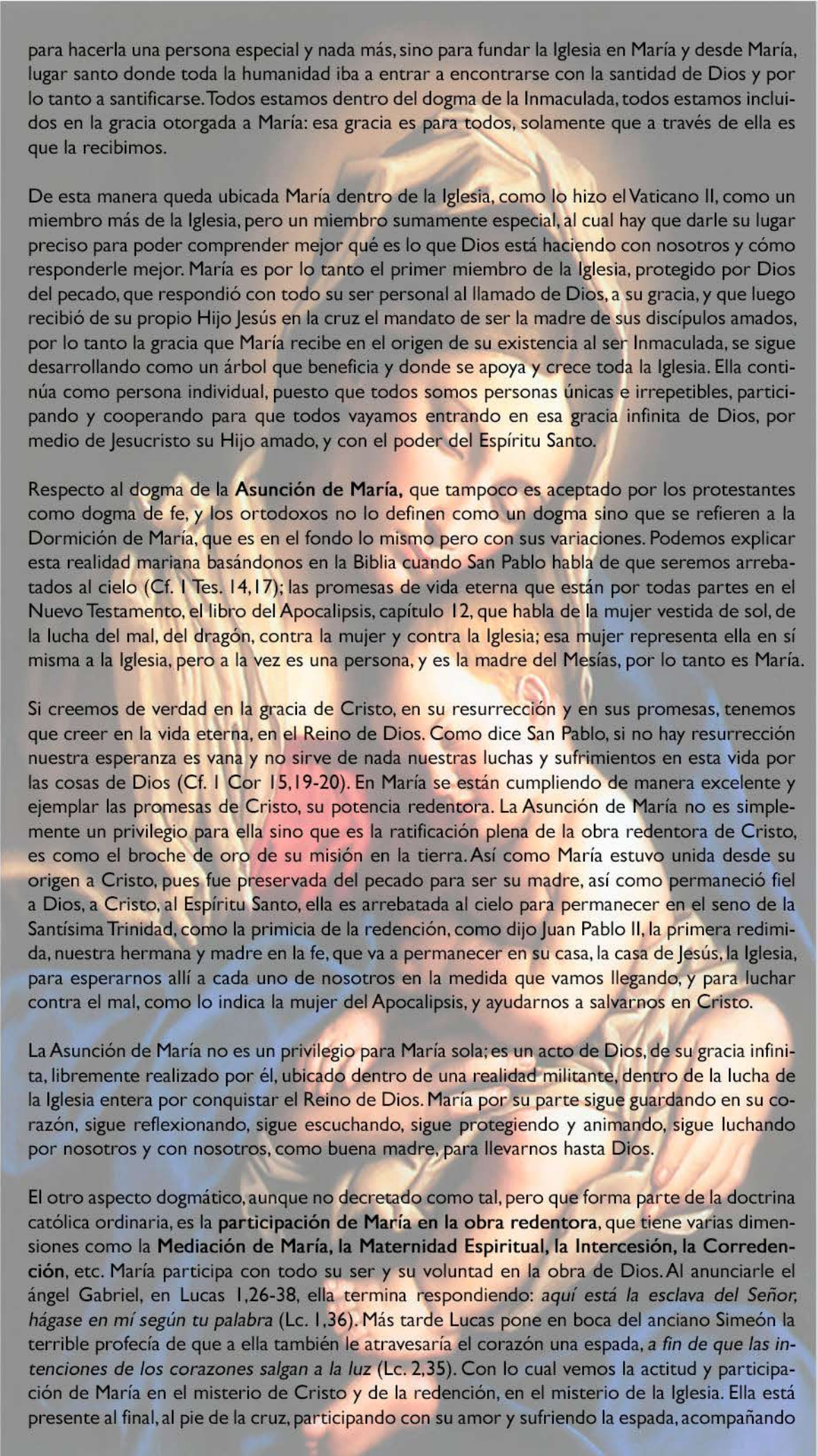
Partiendo siempre de la doctrina católica, de los documentos del Magisterio, las encíclicas y dogmas aprobados en los concilios y directamente por los papas, tenemos que redescubrir cada vez el lugar de María en la historia de la salvación. Ella es la persona que encarnó de la manera más excelsa la Palabra de Dios y llegó a ser la Madre del Verbo Encarnado, Jesús de Nazaret. Ella participó con su fe, como discípula, como fiel cumplidora de las cosas de Dios, como buena cristiana, de todo el misterio de Cristo y de la Iglesia en sus comienzos, y ella lo sigue haciendo ahora.

Es decir que para hacerse entender mejor de los protestantes hay que resaltar la **primacía de la gracia**; poner en evidencia la **integración de María dentro de la Iglesia** y apoyarse lo más posible en la **Santa Biblia**.

Respecto a la **primacía de la gracia**, afirmamos que antes de todo está la gracia de Dios, luego está la respuesta de María. Es decir, que María recibió antes la gracia divina para poder estar preparada a la gran misión que le correspondió en la obra de Dios.

Cuando hablamos de la *Kejaritomene*, (Cf. Lc. 1,28) la Llena de gracia, la altamente favorecida o agraciada por Dios, estamos enfatizando en que María fue escogida por Dios y fue llenada de la gracia de Dios. Antes de ella hacer nada, ya recibió la gracia. Esta doctrina es católica, pero no se enfatiza mucho, sino que se pone más fuertemente la otra parte, la respuesta de María como persona, que le permitió mantenerse sin perder esa gracia de Dios, al contrario, aumentándola cada día más en su ser.

Cuando hablamos de **Inmaculada Concepción**, dogma que no es aceptado por los protestantes, y que los ortodoxos tampoco lo toman como un dogma sino que ellos enfatizan en el aspecto de la *Panagia*, toda santa, es decir, llena de gracia; debemos comenzar diciendo que Dios decidió dar a María su gracia, pero no para hacer de ella un ser extraordinario, sino porque Dios estaba decretando su gracia para toda la humanidad, y Cristo iba a nacer de esa muchacha virgen, por lo cual ella ya estaba llena de la gracia de Dios para poder realizar esa misión. Por eso podemos afirmar que Dios realmente preservó a María de toda mancha de pecado antes de ser concebida, por los méritos de Cristo, y para servir a Cristo. El enfrentamiento del mal en contra de Dios es tan profundo que era necesario que la persona que iba a ser la madre del Verbo Santo hecho hombre no tuviese nunca mancha de pecado, ni siquiera en el origen de su ser. La potencia de Dios, la gracia, actuó en ella en forma extraordinaria, pero no



para hacerla una persona especial y nada más, sino para fundar la Iglesia en María y desde María, lugar santo donde toda la humanidad iba a entrar a encontrarse con la santidad de Dios y por lo tanto a santificarse. Todos estamos dentro del dogma de la Inmaculada, todos estamos incluidos en la gracia otorgada a María: esa gracia es para todos, solamente que a través de ella es que la recibimos.

De esta manera queda ubicada María dentro de la Iglesia, como lo hizo el Vaticano II, como un miembro más de la Iglesia, pero un miembro sumamente especial, al cual hay que darle su lugar preciso para poder comprender mejor qué es lo que Dios está haciendo con nosotros y cómo responderle mejor. María es por lo tanto el primer miembro de la Iglesia, protegido por Dios del pecado, que respondió con todo su ser personal al llamado de Dios, a su gracia, y que luego recibió de su propio Hijo Jesús en la cruz el mandato de ser la madre de sus discípulos amados, por lo tanto la gracia que María recibe en el origen de su existencia al ser Inmaculada, se sigue desarrollando como un árbol que beneficia y donde se apoya y crece toda la Iglesia. Ella continúa como persona individual, puesto que todos somos personas únicas e irrepetibles, participando y cooperando para que todos vayamos entrando en esa gracia infinita de Dios, por medio de Jesucristo su Hijo amado, y con el poder del Espíritu Santo.

Respecto al dogma de la **Asunción de María**, que tampoco es aceptado por los protestantes como dogma de fe, y los ortodoxos no lo definen como un dogma sino que se refieren a la Dormición de María, que es en el fondo lo mismo pero con sus variaciones. Podemos explicar esta realidad mariana basándonos en la Biblia cuando San Pablo habla de que seremos arrebatados al cielo (Cf. I Tes. 14,17); las promesas de vida eterna que están por todas partes en el Nuevo Testamento, el libro del Apocalipsis, capítulo 12, que habla de la mujer vestida de sol, de la lucha del mal, del dragón, contra la mujer y contra la Iglesia; esa mujer representa ella en sí misma a la Iglesia, pero a la vez es una persona, y es la madre del Mesías, por lo tanto es María.

Si creemos de verdad en la gracia de Cristo, en su resurrección y en sus promesas, tenemos que creer en la vida eterna, en el Reino de Dios. Como dice San Pablo, si no hay resurrección nuestra esperanza es vana y no sirve de nada nuestras luchas y sufrimientos en esta vida por las cosas de Dios (Cf. I Cor 15,19-20). En María se están cumpliendo de manera excelente y ejemplar las promesas de Cristo, su potencia redentora. La Asunción de María no es simplemente un privilegio para ella sino que es la ratificación plena de la obra redentora de Cristo, es como el broche de oro de su misión en la tierra. Así como María estuvo unida desde su origen a Cristo, pues fue preservada del pecado para ser su madre, así como permaneció fiel a Dios, a Cristo, al Espíritu Santo, ella es arrebatada al cielo para permanecer en el seno de la Santísima Trinidad, como la primicia de la redención, como dijo Juan Pablo II, la primera redimida, nuestra hermana y madre en la fe, que va a permanecer en su casa, la casa de Jesús, la Iglesia, para esperarnos allí a cada uno de nosotros en la medida que vamos llegando, y para luchar contra el mal, como lo indica la mujer del Apocalipsis, y ayudarnos a salvarnos en Cristo.

La Asunción de María no es un privilegio para María sola; es un acto de Dios, de su gracia infinita, libremente realizado por él, ubicado dentro de una realidad militante, dentro de la lucha de la Iglesia entera por conquistar el Reino de Dios. María por su parte sigue guardando en su corazón, sigue reflexionando, sigue escuchando, sigue protegiendo y animando, sigue luchando por nosotros y con nosotros, como buena madre, para llevarnos hasta Dios.

El otro aspecto dogmático, aunque no decretado como tal, pero que forma parte de la doctrina católica ordinaria, es la **participación de María en la obra redentora**, que tiene varias dimensiones como la **Mediación de María**, la **Maternidad Espiritual**, la **Intercesión**, la **Corredención**, etc. María participa con todo su ser y su voluntad en la obra de Dios. Al anunciarle el ángel Gabriel, en Lucas 1,26-38, ella termina respondiendo: *aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc. 1,36). Más tarde Lucas pone en boca del anciano Simeón la terrible profecía de que a ella también le atravesaría el corazón una espada, *a fin de que las intenciones de los corazones salgan a la luz* (Lc. 2,35). Con lo cual vemos la actitud y participación de María en el misterio de Cristo y de la redención, en el misterio de la Iglesia. Ella está presente al final, al pie de la cruz, participando con su amor y sufriendo la espada, acompañando



a su Hijo hasta el final, y abriéndose al misterio de Dios que en ese momento fundaba definitivamente la Iglesia por medio de la sangre de su Hijo (Cf. Jn. 19,25ss). María sigue participando activamente en la obra de Dios cuando está en Pentecostés, cuando se funda definitivamente la Iglesia por la acción extraordinaria y maravillosa del Espíritu Santo. Ella sigue acompañando a los discípulos en la oración expectante del Espíritu (Cf. Hch. 1,14).

En este sentido tocamos el otro polo de la realidad religiosa salvífica; el aspecto antropológico, que en general los protestantes disminuyen exageradamente negando toda participación humana, o negando todo valor a esta participación, y como hemos visto, al contrario de los protestantes, los ortodoxos sí lo aceptan y valoran. El reconocimiento que le hacemos a María por su actuación, significa que valoramos a la persona humana; el mismo Dios valora a la persona humana, es Dios mismo quien nos creó personas, porque Él es Persona, y tanto es así que murió en una cruz por nosotros; si no valiésemos nada para Dios, ¿cómo hubiese muerto en la cruz por nosotros?

Partiendo de esta valoración de la persona humana, la Iglesia a lo largo de los siglos ha “condecorado” a sus héroes, de los cuales María es la más grande heroína de la fe, y ha desarrollado todo un culto, invocación, devoción a la madre de Jesús.

Si no existe la realidad personal entonces no se puede valorar la heroicidad, no se puede valorar el aporte individual personal, propio de cada uno. La Iglesia cuando canoniza a alguien está afirmando básicamente que vivió en forma heroica la fe, la esperanza y la caridad. Pero al mismo tiempo, como prueba de que esa persona está en el cielo, exige un milagro, comprobado por los científicos, y que asegure que esa persona intervino en un hecho imposible de ocurrir por la misma realidad intramundana.

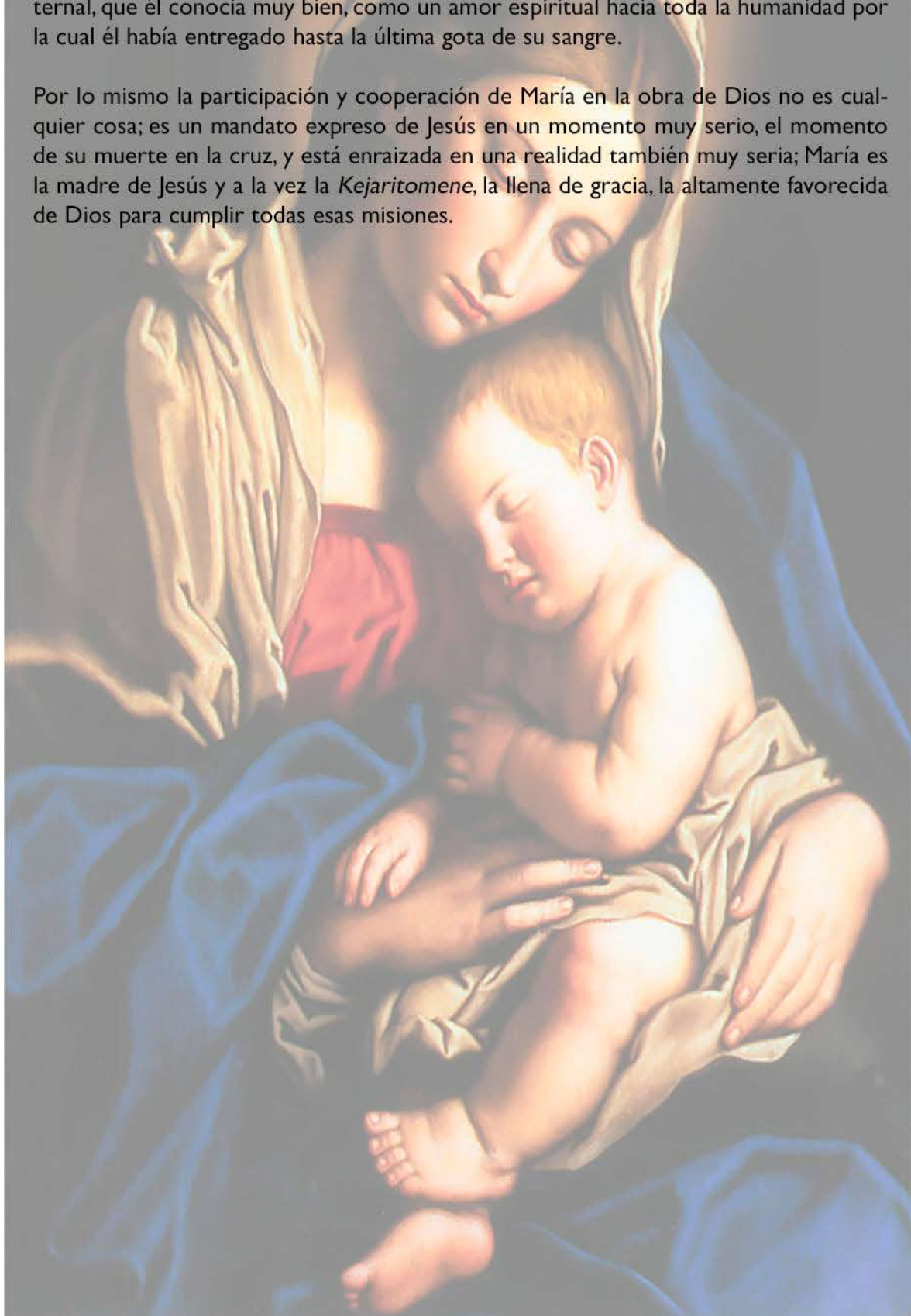
Esta realidad de la persona humana es la base de todo lo que creemos y percibimos. El desarrollo de la persona ha sido la gran conquista de la humanidad a lo largo de los siglos, pero esto no ha sido ajeno a la acción de Cristo, y de los cristianos, de la Iglesia, en la historia humana. La posibilidad de cooperación por parte de María implica el reconocimiento de ella como persona y por lo mismo el agradecimiento a ella explícitamente. Al mismo tiempo implica que ella sigue actuando por el bien de todos y que podemos acudir a ella para nuestro camino de Dios. Es una persona viva y activa, e interesada en todo el acontecer de la Iglesia y de cada cristiano.

María memoria de la Iglesia. El argumento de la realidad histórica de la encarnación también debe ser resaltado. María fue y es la madre de Jesús, por lo tanto fue la que recibió el anuncio del ángel Gabriel (Cf. Lc. 1,27); fue la que llevó a Jesús en su seno; fue la que vivió por primero el misterio de Jesucristo, en silencio, sola. Ella lo llevó, como toda madre, por alrededor de nueve meses en su vientre; ella lo parió, lo amamantó, lo crió, acompañada de José; lo amó intensamente y radicalmente, como aman las madres a sus hijos. La Iglesia se apoya en ese amor de María para poder vivir su amor a Jesús; no se puede eliminar el amor de María para sustituirlo por otros amores. Es lo mismo con los apóstoles; no se pueden quitar de la Iglesia. Así María, por su realidad antropológica y familiar y como creyente, es la persona más interesada, y la que va a mantener en su memoria viva la presencia de Cristo de la manera más profunda y perfecta. Ella por lo mismo es la persona que va a hacer más porque la obra de su Hijo llegue a su plenitud; por todo eso María es la más perfecta cooperadora de Cristo, en eso nadie se la va a ganar nunca, y seguirá trabajando siempre por esa obra.

La manera especialísima de participar María en la obra de la redención, hace que ella estuvo presente desde antes de nacer Jesús, desde el momento de su encarnación, hasta el final de su vida en la cruz, y luego en su resurrección y el envío del Espíritu a la Iglesia primitiva. Su unión con Cristo supera todas las posibles uniones que podamos tener los cristianos, ni católicos ni protestantes ni ortodoxos, nadie va a superar a María en esta unión. Su participación en la redención, en el momento mismo de la cruz, que es el que marca definitivamente toda la realidad, fue de una manera única e irremplazable, porque ella era su madre y lo amaba con todo el corazón, como lo demuestra el mismo hecho de que estuviese allí, y donde la espada del dolor

le atravesó el corazón, como atestigua Lucas en la profecía de Simeón. Esta participación dolorosa de María, en la cual ella no cae en la trampa del mal, sino que permanece pura e inmaculada, sin pecar de odio ni de violencia ni de venganza ni de otra cosa, fiel al camino de su Hijo, quien perdona a sus verdugos desde la cruz, la más fiel y primera cristiana, perfecta discípula de Cristo, como lo resalta el documento de Aparecida en Brasil, produce una especial fecundidad en María; que Juan resalta cuando narra en su evangelio lo que Jesús pide a María como su última voluntad para ella: ser la madre de sus discípulos (cf. Jn. 19,25ss) y como extensión, la madre de toda la humanidad, porque si Cristo murió por toda la humanidad, le pidió a María extender su amor maternal, que él conocía muy bien, como un amor espiritual hacia toda la humanidad por la cual él había entregado hasta la última gota de su sangre.

Por lo mismo la participación y cooperación de María en la obra de Dios no es cualquier cosa; es un mandato expreso de Jesús en un momento muy serio, el momento de su muerte en la cruz, y está enraizada en una realidad también muy seria; María es la madre de Jesús y a la vez la *Kejaritomene*, la llena de gracia, la altamente favorecida de Dios para cumplir todas esas misiones.



MARIOLOGÍA DESDE LOS POBRES

P.Víctor Codina SJ

Reflexiones sobre la evaluación de la Mariología

Siempre ha existido una connaturalidad entre fe cristiana y veneración a María, de modo que no es exagerado decir con Pablo VI que la devoción a María es un elemento cualificador de la genuina piedad de la Iglesia.

Una vez definidos los primeros dogmas trinitarios y cristológicos, cuando ya no había peligro de que el culto a María se confundiera con el culto pagano a las diosas madres, brotó espontáneamente en el pueblo cristiano la devoción a María. El Vaticano II aludiendo a la oración mariana más primitiva, el "Sub tuum praesidium", afirma que "desde los tiempos más antiguos la Virgen es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles acuden con sus súplicas en todos sus peligros y necesidades" (LG 66). Es conocida la expectación con la que el pueblo esperó en Éfeso la definición del Concilio sobre la maternidad divina de María, y el atronador aplauso con el que la muchedumbre allí convocada recibió la proclamación de la Theotokos (cfr. LG 66).

Pero esta devoción mariana que durante los primeros siglos de la Iglesia fue creciendo de forma connatural y en estrecha conexión con el misterio de Cristo y de la Iglesia, en la edad media alcanzó en el occidente latino un extraordinario desarrollo.

A partir de los siglos XI y XII en Europa surgen por todas partes templos dedicados a María, himnos y cantos litúrgicos, nuevas devociones y advocaciones marianas (Inmaculada, Asunción, Coronación, maternidad espiritual ...), se difunde el rezo del Ave María, del Angelus, del Rosario y de la Salve, se recopilan leyendas marianas llenas de milagros de Nuestra Señora, etc.

Sin embargo, esta florecencia de la piedad mariana medieval no se puede separar de su contexto sociológico, político y eclesial contemporáneo. La devoción mariana medieval nace sobre todo como un movimiento de laicos, y coincide con la creciente clericalización de la Iglesia y con el cisma entre teología y espiritualidad. La Iglesia es en aquel tiempo una Iglesia feudal, tanto por sus posesiones, dominios y beneficios, como por la estructura de su gobierno: Abades, Obispos y Papa son auténticos señores feudales con poder temporal y espiritual. La Eucaristía y los sacramentos representan para el pueblo más un espectáculo masivo y extraordinario que una participación activa en la vida eclesial. Las diferencias económicas, sociales y culturales en la Iglesia y en la sociedad son cada vez mayores, y multitud de pobres invaden las nuevas ciudades en busca de trabajo. La teología pasa de simbólica a dialéctica, de bíblica a escolástica, de sapiencial a canónica. La separación de la Iglesia de Oriente endurece todavía más los rasgos juri-dicistas y centralistas de la Iglesia latina. En este clima de desconcierto y de hambre material y espiritual, surgen como reacción espontánea numerosos movimientos y corrientes populares que desean una vuelta al Evangelio, a una Iglesia más pobre y comunitaria, menos clerical, a una fe más encarnada y menos espiritualista, a una piedad menos sofisticada y más popular, a un cristianismo menos tremendista y más humano, a un mayor acercamiento entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra. El culto a los santos y a los ángeles, las procesiones y peregrinaciones, y sobre todo la devoción a la humanidad de Jesús y María, son una reacción providencial a esta grave situación de lejanía y desamparo que el pueblo sufre. Como dirá Puebla: "Sin

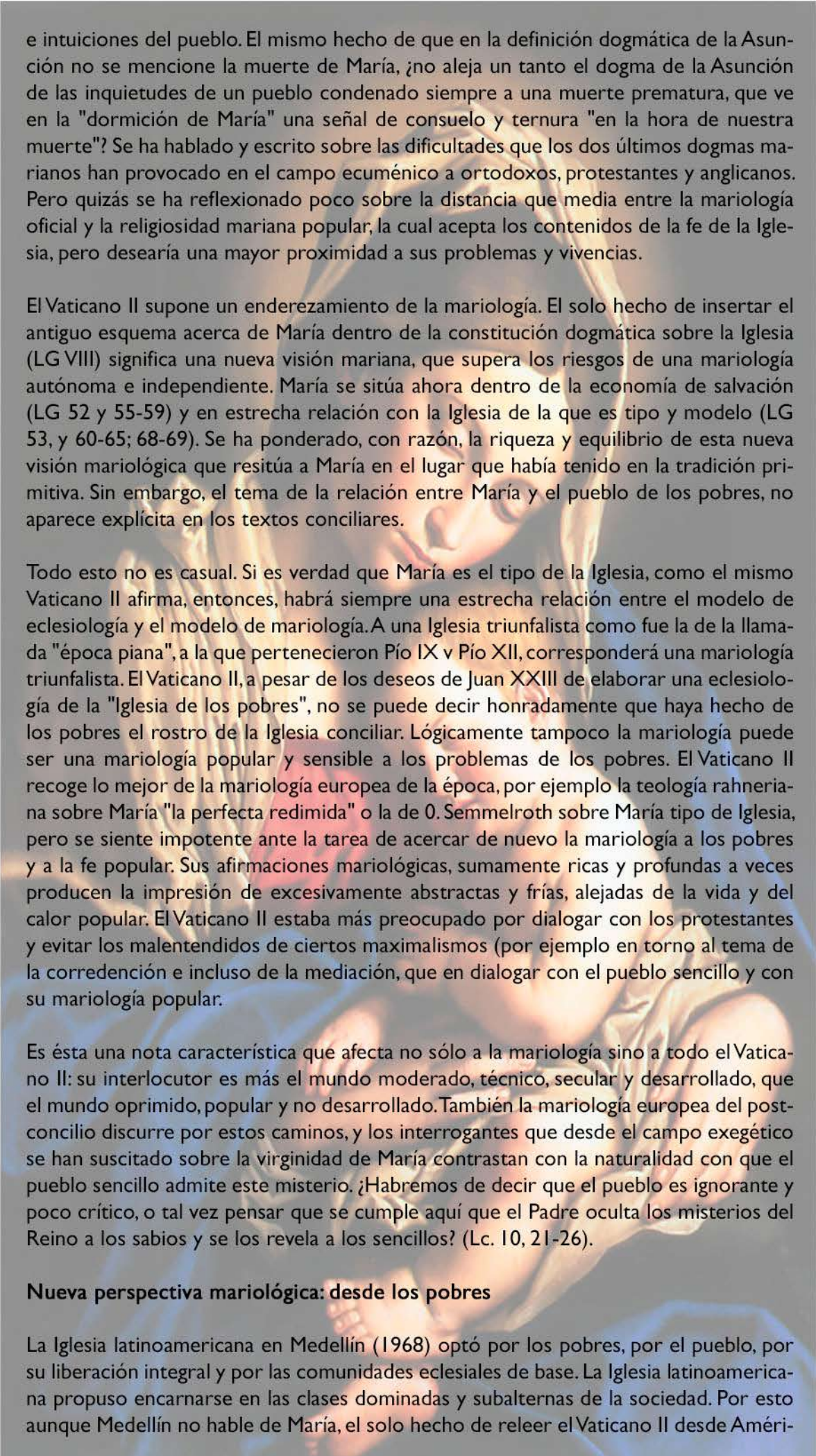
María el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritual" (Puebla 301). A nadie podrá extrañar que en este contexto surjan exageraciones, herejías o sectas; esto no es más que la ganga impura de un rico venero espiritual.

Esta connaturalidad del pueblo pobre y oprimido con María no es casual. No queremos entrar aquí en cuestiones de psicología profunda ni en los estudios de Jung sobre los arquetipos que unen los símbolos del inconsciente con lo femenino ("pathos", mujer-María, pueblo) y los del consciente con lo masculino ("logos", orden, jerarquía ...). Manteniéndonos en el terreno estrictamente teológico, es claro que el pueblo cristiano, con el sentido de la fe que le caracteriza, intuye que María no sólo es la gloriosa Nuestra Señora, sino que es la Madre de los hombres, la Abogada de los pobres, una mujer del pueblo que conoció, como el pueblo, el sufrimiento y la opresión. En la ternura de María el pueblo ha buscado siempre "el gran signo de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo", como Puebla ha expresado de forma realmente afortunada (Puebla 282). Frente a toda situación de injusticia inhumana y de miseria eclesial, María es una señal de esperanza. La devoción a María tiene mucho de tácita crítica profética a una sociedad y a una institución eclesial poderosa y alejada del pueblo.

Esto ha sido también verdad en la historia de América Latina: el cura Hidalgo en México, enarbolando la imagen de la Virgen de Guadalupe se lanzó a la independencia con un ejército de indígenas y de mestizos. Y en Cochabamba fue la imagen de María la que presidió la valiente resistencia de las heroínas cochabambinas ante los ejércitos españoles de la Colonia. Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero bastan éstos para cerciorarnos de la verdad de la afirmación de Puebla sobre la pertenencia de María a la historia e identidad de los pueblos de América Latina (Puebla 283) y en especial, podemos añadir, en las circunstancias en que los pueblos se han visto en situación de peligro y opresión.

No podemos, sin embargo, negar que esta devoción popular a María, con su fuerte carga profética, ha sido muchas veces instrumentalizada para otros fines. No vamos a tratar ahora de las manipulaciones que los sectores ricos y poderosos han ejercido sobre la religiosidad popular y en concreto mariana, para reducirla muchas veces a una religiosidad alienante y a una resignación pasiva. Dentro de la misma Iglesia, la piedad mariana se ha convertido a menudo más en instrumento de apologética doctrinal y de conservación de la tradición eclesiástica, que en un momento concreto hacer de la mariología una contraseña doctrinal, una "tessera orthodoxiae"; pero toda postura meramente polémica y defensiva, a la larga, es empobrecedora.

Pongamos algunos ejemplos: la devoción mariana en todo el período postridentino ha tenido una fuerte impronta antiprotestante. La definición dogmática de la Inmaculada por Pío IX en 1854 formaba parte de un plan conjunto de defensa de la tradición y de lucha contra los errores modernos, cuyos siguientes eslabones fueron el Syllabus (1864) y el Vaticano I (1870). La mariología que en el siglo XX se independiza como tratado teológico autónomo, se orienta más en la línea de añadir nuevos privilegios a la corona de María que en la dirección de responder a las reales exigencias de la fe del pueblo. Si somos sinceros hemos de confesar que la mariología ha estado más atenta a sus aplicaciones a la moral individual, sobre todo sexual, que a sus implicaciones sociopolíticas y populares; y no raras veces se ha convertido más en instrumento de conservación que de renovación eclesial. La definición dogmática de la Asunción de María por Pío XII en 1950 recogía ciertamente la fe del pueblo, pero el contexto eclesial e histórico de la definición la acercan más a una eclesiología triunfalista que a los deseos



e intuiciones del pueblo. El mismo hecho de que en la definición dogmática de la Asunción no se mencione la muerte de María, ¿no aleja un tanto el dogma de la Asunción de las inquietudes de un pueblo condenado siempre a una muerte prematura, que ve en la "dormición de María" una señal de consuelo y ternura "en la hora de nuestra muerte"? Se ha hablado y escrito sobre las dificultades que los dos últimos dogmas marianos han provocado en el campo ecuménico a ortodoxos, protestantes y anglicanos. Pero quizás se ha reflexionado poco sobre la distancia que media entre la mariología oficial y la religiosidad mariana popular, la cual acepta los contenidos de la fe de la Iglesia, pero desearía una mayor proximidad a sus problemas y vivencias.

El Vaticano II supone un enderezamiento de la mariología. El solo hecho de insertar el antiguo esquema acerca de María dentro de la constitución dogmática sobre la Iglesia (LG VIII) significa una nueva visión mariana, que supera los riesgos de una mariología autónoma e independiente. María se sitúa ahora dentro de la economía de salvación (LG 52 y 55-59) y en estrecha relación con la Iglesia de la que es tipo y modelo (LG 53, y 60-65; 68-69). Se ha ponderado, con razón, la riqueza y equilibrio de esta nueva visión mariológica que resitúa a María en el lugar que había tenido en la tradición primitiva. Sin embargo, el tema de la relación entre María y el pueblo de los pobres, no aparece explícita en los textos conciliares.

Todo esto no es casual. Si es verdad que María es el tipo de la Iglesia, como el mismo Vaticano II afirma, entonces, habrá siempre una estrecha relación entre el modelo de eclesiología y el modelo de mariología. A una Iglesia triunfalista como fue la de la llamada "época piana", a la que pertenecieron Pío IX y Pío XII, corresponderá una mariología triunfalista. El Vaticano II, a pesar de los deseos de Juan XXIII de elaborar una eclesiología de la "Iglesia de los pobres", no se puede decir honradamente que haya hecho de los pobres el rostro de la Iglesia conciliar. Lógicamente tampoco la mariología puede ser una mariología popular y sensible a los problemas de los pobres. El Vaticano II recoge lo mejor de la mariología europea de la época, por ejemplo la teología rahneriana sobre María "la perfecta redimida" o la de O. Semmelroth sobre María tipo de Iglesia, pero se siente impotente ante la tarea de acercar de nuevo la mariología a los pobres y a la fe popular. Sus afirmaciones mariológicas, sumamente ricas y profundas a veces producen la impresión de excesivamente abstractas y frías, alejadas de la vida y del calor popular. El Vaticano II estaba más preocupado por dialogar con los protestantes y evitar los malentendidos de ciertos maximalismos (por ejemplo en torno al tema de la corredención e incluso de la mediación, que en dialogar con el pueblo sencillo y con su mariología popular.

Es ésta una nota característica que afecta no sólo a la mariología sino a todo el Vaticano II: su interlocutor es más el mundo moderado, técnico, secular y desarrollado, que el mundo oprimido, popular y no desarrollado. También la mariología europea del post-concilio discurre por estos caminos, y los interrogantes que desde el campo exegético se han suscitado sobre la virginidad de María contrastan con la naturalidad con que el pueblo sencillo admite este misterio. ¿Habremos de decir que el pueblo es ignorante y poco crítico, o tal vez pensar que se cumple aquí que el Padre oculta los misterios del Reino a los sabios y se los revela a los sencillos? (Lc. 10, 21-26).

Nueva perspectiva mariológica: desde los pobres

La Iglesia latinoamericana en Medellín (1968) optó por los pobres, por el pueblo, por su liberación integral y por las comunidades eclesiales de base. La Iglesia latinoamericana propuso encarnarse en las clases dominadas y subalternas de la sociedad. Por esto aunque Medellín no hable de María, el solo hecho de releer el Vaticano II desde Améri-

ca Latina y de esbozar una nueva imagen de Iglesia, tendrá consecuencias en mariología: si existe, como hemos visto, una estrecha relación entre María y la Iglesia, a una eclesio-
logía liberadora corresponderá una mariología liberadora. Esto aparece claramente en Puebla (1979), donde la mariología adquiere una dimensión más cercana a los pobres y al pueblo. Más que hacer un estudio analítico de Puebla, vamos a destacar dos dimensiones significativas de esta nueva perspectiva.

María: sacramento de la opción de Dios por los pobres

Puebla nos habla de María como "un gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo" (Puebla 282), "Presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios" (Puebla 291). Ahora bien, esta misericordia maternal de Dios, de la que María es signo y sacramento, no es otra que la ternura de Dios hacia los pobres a los que defiende y ama (Puebla 1142, con citas de Mt 5,45 y Stgo. 2,5). María personifica la opción preferencial de Dios por los pobres, el triunfo de Dios en lo débil, la parcialidad de Dios hacia el que sufre, sobre todo hacia el que sufre la injusticia del poderoso. María tipifica la forma de actuar de Dios en la historia de salvación; simboliza la pedagogía divina revelada en la Escritura: K. Barth ha resumido de forma lapidaria esta forma de actuar de Dios:

"En medio de los acontecimientos de la historia de Israel, Dios se inclina siempre de forma incondicional apasionada hacia el lado de los más miserables y sólo hacia este lado: siempre a favor de los oprimidos, siempre contra quienes poseen y defienden sus propios derechos, siempre a favor de aquéllos que han sido despojados y privados de los suyos".

María se inscribe pues en una constante teológica de la historia de salvación: Abraham, hijo de idólatras (Jos. 24,2) es escogido para ser padre de un gran pueblo de creyentes (Gén. 12,1-3); Dios escucha el clamor del pueblo oprimido en Egipto y lo libera (Ex 3,7-9), mediante Moisés, un exiliado y forastero en tierra extraña (Ex 2,22; 3,11); elige al insignificante David (1 Sam 16,4-11) y rechaza a Saúl (1 Sam 15,10 s); personajes débiles y desconocidos como Gedeón (Jue. 6-8), Débora (Jue. 4-5), Judit (Jud.), salvan al pueblo de la opresión; mujeres estériles y ancianas que sufren el oprobio de su infecundidad, conciben hijos que juegan un papel importante en la historia de Israel: Sara (Gén. 15,3; 16,1; 18,20-15), Rebeca (Gén. 25,21), Raquel (Gén. 29,31), la mujer de Manuaj, madre de Sansón (Jue. 13,2), Ana la madre de Samuel (1 Sam 1, 9 s), Isabel la madre del Bautista (Lc. 1, 5 s), pues para Dios no hay nada imposible (Gén. 18,14). Dios es el que libera a los exiliados y les prepara un camino sin lomas ni cerros (Is. 40,3-5), es el que ha escogido un pueblo pequeño y es su auxilio (Is. 41,8-10); es el que hace florecer el desierto y convierte la tierra seca en manantiales (Is. 41, 17-20), el que alienta a los corazones humillados (Is. 57, 15). Su Espíritu envía a anunciar la buena nueva a los humildes y la liberación a los desterrados (Is. 61,1-3). A Dios se le estremece el corazón y se le conmueven las entrañas maternales ante Efraín (Os 11,8); él se compadece del pobre y del débil, mientras desprecia a los poderosos y autosatisfechos (Eccl. 10,14-15; 1 Sam 2,7-8; Job 5, 11; Sal 34,11).

En este contexto bíblico de predilección divina por el pobre y el insignificante, en el que el pequeño e inseguro es exaltado y el rico es despreciado, se sitúa María: Dios escoge, como madre de su Hijo a una hija de Israel, una mujer del pueblo, pobre y desconocida; y para que aparezca más su misericordia y el poder de su Espíritu, no sólo es estéril sino virgen, pues para Dios no hay nada imposible (Lc. 1,37 cfr. Gén. 18,14). Jesús, su Hijo, continuará esta trayectoria: nacido pobre, viene a evangelizar a los pobres (Lc. 4,16) y se compadece de todos los que pasan hambre y están como rebaño

sin pastor (Mc 6,34; 8,2). Esto precisamente le conducirá a ser rechazado por los poderosos de su tiempo y le llevará a la cruz.

Lucas ha puesto en labios de María, en breve síntesis, esta forma de proceder de Dios:

"Manifestó su fuerza vencedora, y dispersó a los hombres de corazón soberbio. Derribó a los poderosos de sus tronos, y elevó a los insignificantes. Llenó de bienes a los hambrientos, y a los ricos despidió con las manos vacías" (Lc. 1, 51-53).

Esta línea bíblica se recoge en otros textos del NT como por ejemplo:

"Dios ha elegido lo que el mundo tiene por necio, con el fin de avergonzar a los sabios; y ha escogido a lo que el mundo tiene por débil, para avergonzar a los fuertes" (I Cor 1, 27 cfr. Stgo. 2,5).

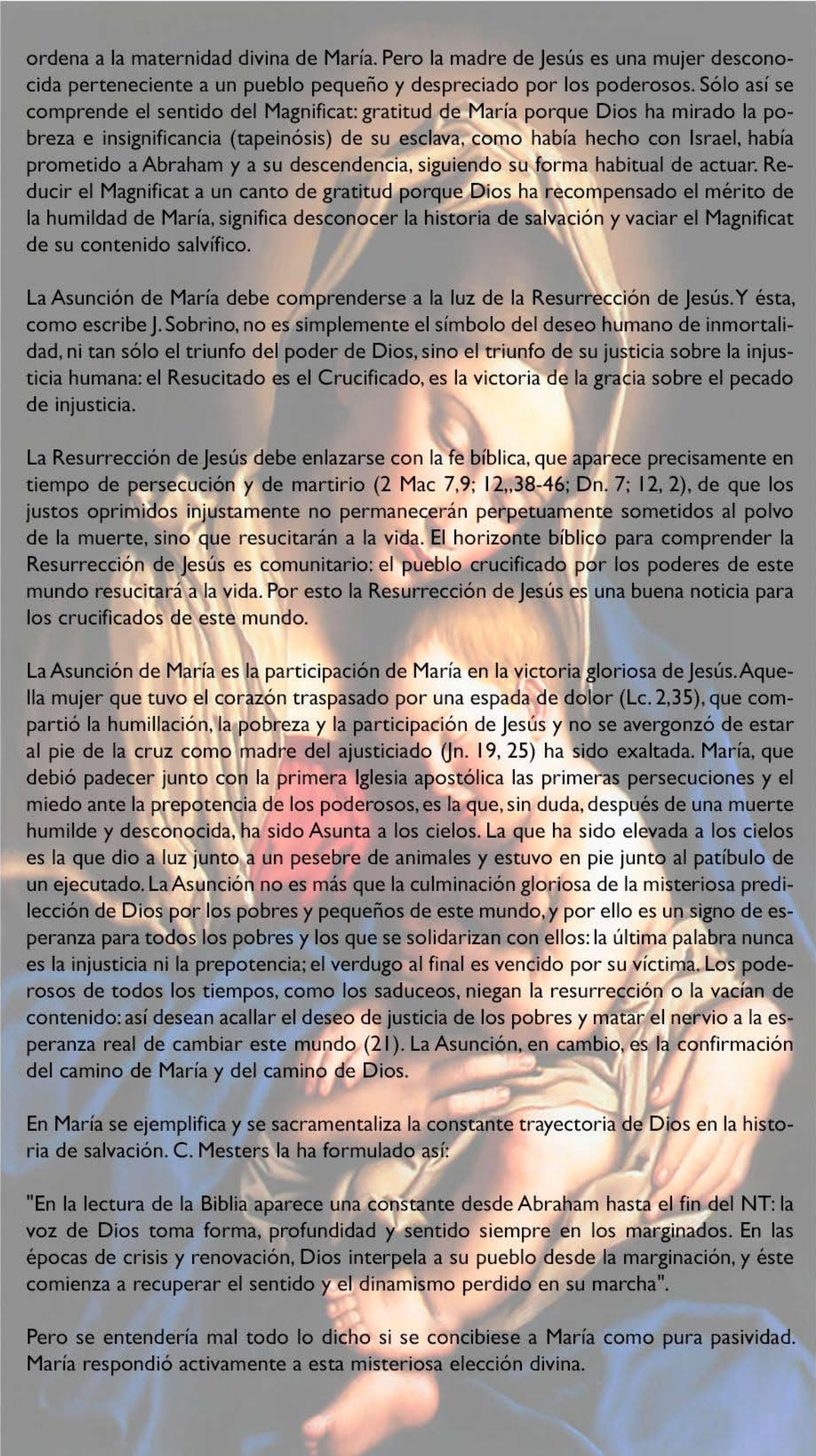
Ahora bien, esta pedagogía divina de ternura y debilidad por los pobres y de rechazo de los ricos, es la revelación concreta en la historia del misterio de la salvación, de la absoluta y soberana libertad de Dios, cuya iniciativa es benevolente y gratuita: a los que pecaron Dios les regala de manera gratuita su perdón y su amistad (Rm. 3,21-25; Ef. 2,1-10). Esta es la justicia divina, bien diferente del proceder humano. Dios no nos salva por nuestros méritos, ni por nuestras obras, sino por nuestra fe en su misericordia, como aconteció con Abraham (Rm. 4,1-5). Por esto mismo todos los soberbios y satisfechos, los ricos y fariseos de todos los tiempos se ven excluidos de la salvación, si no se convierten y se hacen pequeños y débiles como niños (Lc. 18,17; Mc 10,15). Esta es la forma de actuar del Espíritu, que sopla donde quiere, pero siempre en una misma dirección (Is. 28,5-6; 32,15,17; 61,1; Lc. 4,18).

Desde esta panorámica bíblica y dogmática debe iluminarse toda la mariología, superando tanto el positivismo teológico como el racionalismo abstracto. Sería incorrecta una mariología que se limitase a acumular afirmaciones y privilegios dogmáticos marianos de forma inconexa. Tampoco resultan convincentes, por demasiado abstractos, los intentos de hallar un principio fundamental de la mariología, si este principio silencia la forma concreta e histórica como actuó Dios en María: desde la pobreza y la insignificancia, desde la impotencia y desde el margen, desde la periferia. Los misterios y dogmas marianos reciben luz desde esta nueva óptica.

La virginidad de María no es una cuestión simplemente biológica o sexual, o un caso prodigioso de partenogénesis, ni un desprecio de la sexualidad o del matrimonio, sino una clara afirmación teológica. Es la expresión histórica y carnal, llevada hasta el límite más extremo, de la constante forma de actuar de Dios: acción gratuita y benévola de Dios desde la pobreza y la impotencia humana. El Espíritu de Dios, que hace florecer vida allí donde sólo hay esterilidad e impotencia, desciende ahora sobre una virgen para que se manifieste más claramente en el fruto de sus entrañas no será solamente un gran profeta, sino el Hijo de Dios (Lc. 1,35), el nuevo Adán, el Hombre Nuevo. La virginidad, despreciada en Israel (Jue. 11,37-40; Am 5,1-2; Jer. 1,15; 2,13; Jl 1,8) señala de forma radical la desproporción entre la acción humana y el don del Espíritu en la encarnación.

Y quizá por ello, la virginidad de María resulta hoy difícil de aceptar a los sectores acomodados de la Iglesia: es siempre escandaloso para el rico aceptar que Dios tenga su preferencia por el pobre y el débil...

La Inmaculada Concepción y la Maternidad de María también se iluminan desde esta perspectiva: la plenitud de gracia de María, desde los orígenes de su existencia, se



ordena a la maternidad divina de María. Pero la madre de Jesús es una mujer desconocida perteneciente a un pueblo pequeño y despreciado por los poderosos. Sólo así se comprende el sentido del Magnificat: gratitud de María porque Dios ha mirado la pobreza e insignificancia (tapeinósis) de su esclava, como había hecho con Israel, había prometido a Abraham y a su descendencia, siguiendo su forma habitual de actuar. Reducir el Magnificat a un canto de gratitud porque Dios ha recompensado el mérito de la humildad de María, significa desconocer la historia de salvación y vaciar el Magnificat de su contenido salvífico.

La Asunción de María debe comprenderse a la luz de la Resurrección de Jesús. Y ésta, como escribe J. Sobrino, no es simplemente el símbolo del deseo humano de inmortalidad, ni tan sólo el triunfo del poder de Dios, sino el triunfo de su justicia sobre la injusticia humana: el Resucitado es el Crucificado, es la victoria de la gracia sobre el pecado de injusticia.

La Resurrección de Jesús debe enlazarse con la fe bíblica, que aparece precisamente en tiempo de persecución y de martirio (2 Mac 7,9; 12,38-46; Dn. 7; 12, 2), de que los justos oprimidos injustamente no permanecerán perpetuamente sometidos al polvo de la muerte, sino que resucitarán a la vida. El horizonte bíblico para comprender la Resurrección de Jesús es comunitario: el pueblo crucificado por los poderes de este mundo resucitará a la vida. Por esto la Resurrección de Jesús es una buena noticia para los crucificados de este mundo.

La Asunción de María es la participación de María en la victoria gloriosa de Jesús. Aquella mujer que tuvo el corazón traspasado por una espada de dolor (Lc. 2,35), que compartió la humillación, la pobreza y la participación de Jesús y no se avergonzó de estar al pie de la cruz como madre del ajusticiado (Jn. 19, 25) ha sido exaltada. María, que debió padecer junto con la primera Iglesia apostólica las primeras persecuciones y el miedo ante la prepotencia de los poderosos, es la que, sin duda, después de una muerte humilde y desconocida, ha sido Asunta a los cielos. La que ha sido elevada a los cielos es la que dio a luz junto a un pesebre de animales y estuvo en pie junto al patíbulo de un ejecutado. La Asunción no es más que la culminación gloriosa de la misteriosa predilección de Dios por los pobres y pequeños de este mundo, y por ello es un signo de esperanza para todos los pobres y los que se solidarizan con ellos: la última palabra nunca es la injusticia ni la prepotencia; el verdugo al final es vencido por su víctima. Los poderosos de todos los tiempos, como los saduceos, niegan la resurrección o la vacían de contenido: así desean acallar el deseo de justicia de los pobres y matar el nervio a la esperanza real de cambiar este mundo (21). La Asunción, en cambio, es la confirmación del camino de María y del camino de Dios.

En María se ejemplifica y se sacramentaliza la constante trayectoria de Dios en la historia de salvación. C. Mesters la ha formulado así:

"En la lectura de la Biblia aparece una constante desde Abraham hasta el fin del NT: la voz de Dios toma forma, profundidad y sentido siempre en los marginados. En las épocas de crisis y renovación, Dios interpela a su pueblo desde la marginación, y éste comienza a recuperar el sentido y el dinamismo perdido en su marcha".

Pero se entendería mal todo lo dicho si se concibiese a María como pura pasividad. María respondió activamente a esta misteriosa elección divina.

María, personificación de una fe liberadora y no alienante

Puebla, citando palabras de "Marialis Cultus" de Pablo VI (MC 37) habla de María como "algo del todo distinto de una mujer remisiva o de espiritualidad alienante" (Puebla 293). Posteriormente, citando palabras de la homilía de Juan Pablo II en Zapopan, resalta que María "en el Magnificat se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, no son víctimas de la 'alienación'" (Puebla 297) y "proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres" (Puebla 1143).

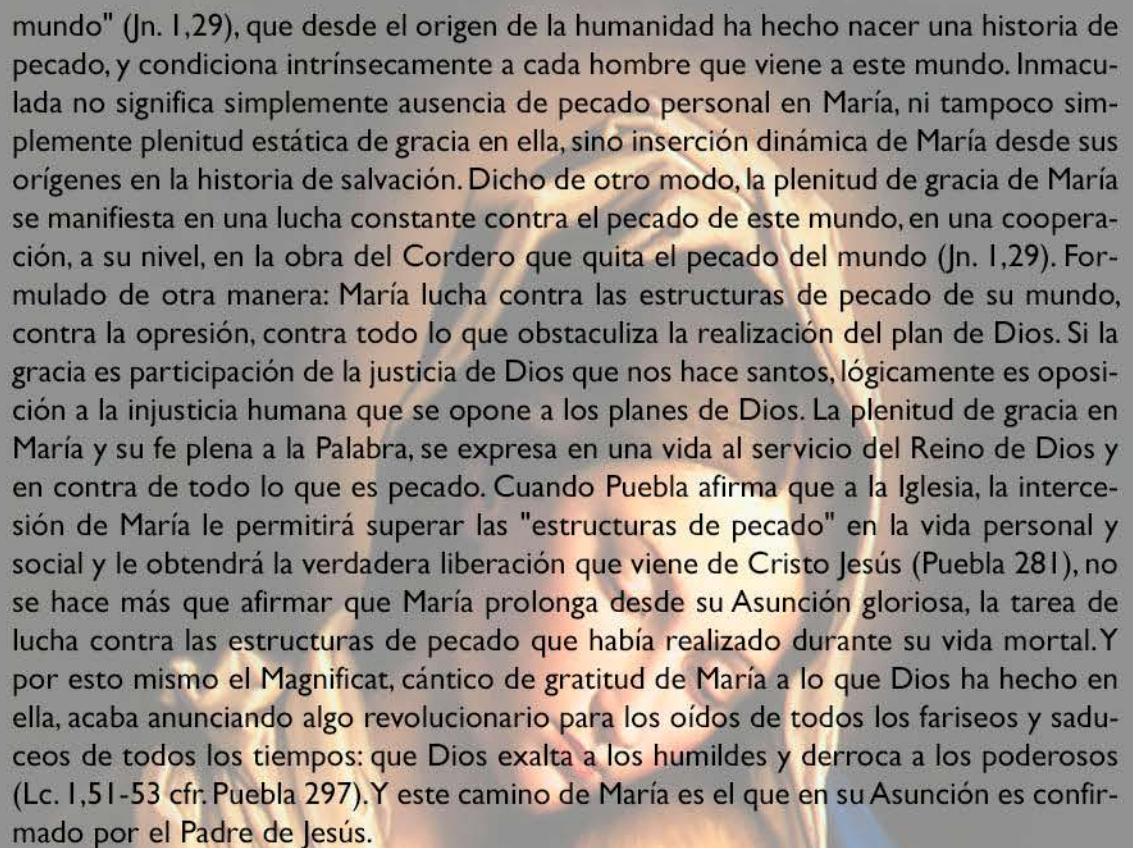
Estas afirmaciones se han de entender en estrecha conexión con la forma constante de actuación divina en la historia de salvación. La fe de María es la respuesta a la gracia de Dios. Su "Fiat" es el sí de María al plan de Dios. Pero esta fe de María no es otra que la fe de Israel, ya que María se siente solidaria con la historia salvífica de su pueblo. La fe de María es la entrega total e incondicional al Dios de Israel, al Dios de las promesas, al Dios que exalta a los pobres y derroca a los soberbios, al Dios de Abraham, Moisés y los profetas. El "Fiat" de María es la respuesta personal al Dios que opta por los pobres, es abrirse a la justicia de Dios, es dejarse penetrar por ella, dejarse justificar no por los propios méritos, sino por su benevolencia y misericordia. María, madre de los creyentes del NT realizó de forma eximia lo que Abraham, padre de los creyentes de Israel: Abraham creyó a Dios, y Dios lo constituyó santo (Gén. 15,6; Rm. 4,3 s); María, como Abraham, creyó que para Dios no hay nada imposible (Lc. 1,37 cfr. Gén. 18,14).

Esta fe de María en el Dios liberador y salvador, es la que marca y fecunda toda su vida. La colaboración de María en la historia de salvación no es más que comunión con el plan de Dios, fecundación total por el Espíritu, prolongación de la justicia de Dios en la historia humana. Dicho de otro modo: la solidaridad de María con la obra de salvación no es sólo una consecuencia ética de su fe, sino un constitutivo intrínseco de su fe. La justicia y la solidaridad históricas con el pueblo son parte integrante de la misma fe en la justicia de Dios: fe es creer en el Dios que libera a los pobres, y colaborar en este proceso salvífico liberador. No se puede creer en el Dios que salva a los pobres, y luego practicar la injusticia o la omisión culpable.

Por esto María en su Maternidad coopera al plan de salvación de Dios engendrando a Jesús y coadyuvando al alumbramiento del Hombre Nuevo y de la Nueva Humanidad. María, en medio de la oscuridad de toda su fe, se solidariza con Jesús y su Reino. No es la madre posesiva que quiere retener a Jesús en su regazo protector, sino que le deja ser libre y colabora en su obra liberadora hasta la Cruz. María sufre al ver a su Hijo perseguido, torturado y ajusticiado públicamente. Pero ella se mantiene fiel a la causa de Jesús, y está plenamente compenetrada con la fidelidad de Jesús a su misión. El "Fiat" de María en la encarnación al Dios de los pobres, se prolonga luego en su Sí a la obra de Jesús hasta el final, hasta el aparente fracaso de la Cruz; y después de la Pascua, hasta el nacimiento de la Iglesia. La presencia de María en pentecostés (Hch. 1, 14) es el Sí de María a la Iglesia como comunidad encargada de llevar adelante la obra de Jesús en pobreza, debilidad y persecución.

De este modo aparece claramente que en María su virginidad está al servicio de su maternidad, y su fe en la justicia de Dios al servicio de la justicia humana. María encarna no sólo la revelación del plan de Dios, sino también la fe no alienante en este plan divino.

Desde esta perspectiva se puede iluminar el dogma mariano de la Inmaculada. La teología moderna comprende el pecado original desde la categoría bíblica de "pecado del



mundo" (Jn. 1,29), que desde el origen de la humanidad ha hecho nacer una historia de pecado, y condiciona intrínsecamente a cada hombre que viene a este mundo. Inmaculada no significa simplemente ausencia de pecado personal en María, ni tampoco simplemente plenitud estática de gracia en ella, sino inserción dinámica de María desde sus orígenes en la historia de salvación. Dicho de otro modo, la plenitud de gracia de María se manifiesta en una lucha constante contra el pecado de este mundo, en una cooperación, a su nivel, en la obra del Cordero que quita el pecado del mundo (Jn. 1,29). Formulado de otra manera: María lucha contra las estructuras de pecado de su mundo, contra la opresión, contra todo lo que obstaculiza la realización del plan de Dios. Si la gracia es participación de la justicia de Dios que nos hace santos, lógicamente es oposición a la injusticia humana que se opone a los planes de Dios. La plenitud de gracia en María y su fe plena a la Palabra, se expresa en una vida al servicio del Reino de Dios y en contra de todo lo que es pecado. Cuando Puebla afirma que a la Iglesia, la intercesión de María le permitirá superar las "estructuras de pecado" en la vida personal y social y le obtendrá la verdadera liberación que viene de Cristo Jesús (Puebla 281), no se hace más que afirmar que María prolonga desde su Asunción gloriosa, la tarea de lucha contra las estructuras de pecado que había realizado durante su vida mortal. Y por esto mismo el Magnificat, cántico de gratitud de María a lo que Dios ha hecho en ella, acaba anunciando algo revolucionario para los oídos de todos los fariseos y saduceos de todos los tiempos: que Dios exalta a los humildes y derroca a los poderosos (Lc. 1,51-53 cfr: Puebla 297). Y este camino de María es el que en su Asunción es confirmado por el Padre de Jesús.

Por otra parte, María al cooperar activamente a la obra de Jesús y al anunciar las maravillas del Señor en Israel y en ella, ejemplifica lo que Puebla llama el "potencial evangelizador de los pobres" (Puebla 1147), su papel de protagonistas en la única historia de salvación. Una mujer pobre es la madre de Dios y la madre de los hombres.

Conclusión

El cisma entre una devoción popular a María y una mariología teológica pero abstracta y lejana del mundo de los pobres, sólo se puede superar elaborando una Mariología desde los pobres. Así se podrá también corregir el riesgo de alienación que siempre acecha a la religiosidad popular, si no se confronta con la Palabra de Dios, y se podrá devolver a la devoción mariana su carácter profético y liberador que ha tenido en sus mejores momentos de la Iglesia.

Una vez más se realiza que los pobres son lugar teológico de revelación y de conversión para la teología y para la Iglesia, pero también una realidad histórica y universal. "Es aquí -escribe I. Ellacuría- donde históricamente confluyen razón y fe, una razón realista que abre sus ojos a la realidad histórica de nuestro mundo y una fe escandalosa que ve en lo débil de este mundo el triunfo de Dios; esto es, la salvación histórica de la humanidad".

Desde aquí son recuperables todos los principios teológicos fundamentales (vg lo femenino anunciado por L. Boff se ilumina a la luz de Puebla 291 y 844), la mariología se enlaza con la pneumatología y también se abren perspectivas ecuménicas. Es significativo que el IV Congreso de Teólogos del Tercer Mundo hable de María, como "mujer pobre, libre y comprometida del Magnificat, como creyente que acompañó a Jesús hasta la Pascua".

Finalmente una mariología desde los pobres ayuda a configurar necesariamente una

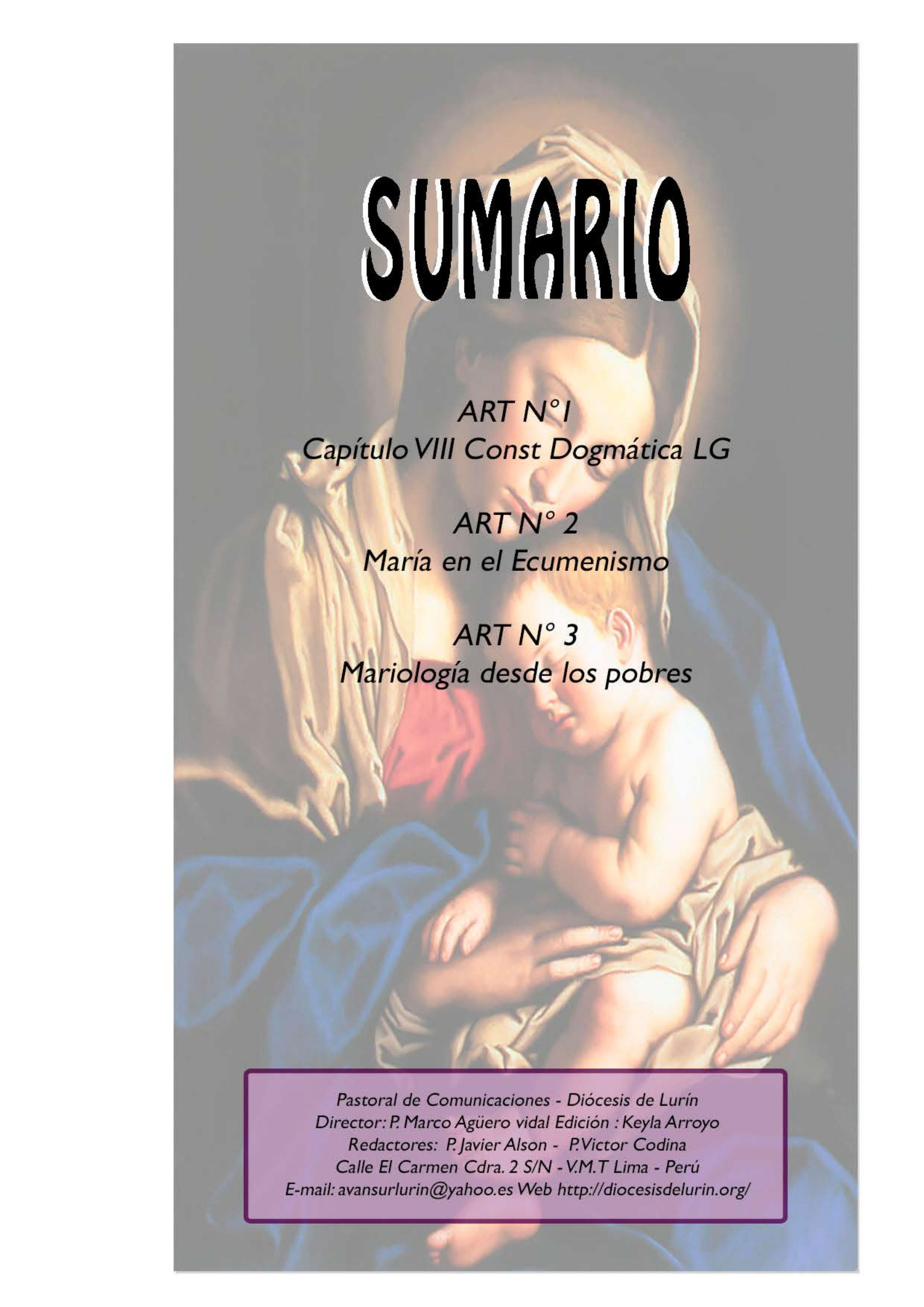
mariología desde los pobres ayuda a configurar necesariamente una imagen de Iglesia de los pobres, una Iglesia pobre y del pueblo.

Terminemos con un fragmento de un poema del obispo Pedro Casaldáliga de Brasil:

"Me preguntas por mi fe.
¿Te respondo llanamente?
Creo en Dios,
Creo en el hombre,
Creo en el Señor Jesús,
Creo en la pobre María
y en toda la Iglesia pobre.
El Dios vivo de estos pobres,
¿es el nuestro, oh Teófilo?"

Fuente: <http://servicioskoinonia.org/relat/139.htm>





SUMARIO

ART N° 1

Capítulo VIII Const Dogmática LG

ART N° 2

María en el Ecumenismo

ART N° 3

Mariología desde los pobres

*Pastoral de Comunicaciones - Diócesis de Lurín
Director: P. Marco Agüero vidal Edición : Keyla Arroyo
Redactores: P. Javier Alson - P. Victor Codina
Calle El Carmen Cdra. 2 S/N - V.M.T Lima - Perú
E-mail: avansurlurin@yahoo.es Web <http://diocesisdelurin.org/>*